

Extracto

La luz abre el espacio a la visibilidad, también lo inscribe en la reflexión, lo hace aprehensible para el pensar en la medida en que da lugar a las figuras y siluetas, a los colores y sus matices, también a las sombras y con ellas a la aparición de la profundidad y su momento inaccesible. En la luz el mundo acontece mostrando su consistencia y densidad, haciendo perceptibles sus objetos y sus quiebres, sus diversos aspectos, su riqueza. En este sentido, la luz ha sido concebida desde tiempos inmemoriales como el territorio mismo de la habitabilidad, una suerte de *elemento absoluto* que no sólo permite reconocer o explorar la realidad, sino que la inaugura, la inicia y nos la dona.

En esa dimensión de *elemento absoluto*, de donación, Claudia Bueno, en su exposición ***Extractos***, ha hecho de la luz y sus atributos, a la vez, un terreno de indagación y un instrumento de formulación plástica, un medio para concretar sus imágenes y el lugar que le permite también ponerlas en crisis, transponerlas y refigurarlas hasta convertirlas en un decir, en el anuncio y el enunciado de una reflexión que versa sobre las contraposiciones, los encuentros y desencuentros, la tensión y el hiato que, contemporáneamente, opera entre el mundo natural y el humano. Una luz que actúa proyectándose sobre las superficies o atravesando diversos cuerpos traslúcidos, y que en ambos ejercicios construye imágenes (sean éstas siluetas coloreadas o recorridos) que permiten a la mirada penetrar y comprender algo que excede las presencias y que además las inscribe en los espacios de la meditación, de la especulación, en esos espacios en los que el pensar deambula liberado en la búsqueda de conexiones.

Las proyecciones videográficas son construcciones dinámicas que dan cuerpo, presencia, a unos frágiles recorridos que se internan, a la manera de una peregrinación, por entramados de formas y figuras de la naturaleza. Viajes de penetración, de exploración, en los que diversas formas elementales y vegetales se concentran, se expenden y diseminan, se transforman ante la mirada dibujando, con un juego inesperado de colores traslúcidos y siluetas superpuestas, ese movimiento perpetuo y enigmático, ese devenir siempre inaccesible e indescifrable gracias a que en el reino de la naturaleza la vida está constantemente rehaciéndose, recuperándose, renovándose. Formas elementales y transparencias, infinidad de figuras diáfanas y concéntricas, constituyen un universo cromático y gráfico que se hace cargo de la fuerza, del ímpetu, con el cual el mundo natural, material y originario se informa, se hace objeto y cosa, se hace existente. Estos recorridos por el interior de distintas realidades naturales culminan, sin embargo, con el advenimiento de sombras y opacidades, de penumbras, como una señal de advertencia, como una solicitud y un recordatorio, aquella que nos obliga a comprender esa majestad

inexpugnable, esa condición sublime, de la alteridad radical –el mundo- que nos rodea y a la que debemos tanto nuestra estancia como nuestro porvenir.

En otro grupo de obras Claudia Bueno compone –a la manera de pequeñas instalaciones gráficas- unos bosques enfrascados, unos paisajes que son, a la vez, composiciones dibujísticas y ensamblajes, que se ubican *entre* la virtualidad de la pintura y la concreción de los objetos. El soporte, el contenedor de estas instalaciones gráficas es una acumulación de frascos de vidrio de distintos tamaños y formas, frascos transparentes a través de los cuales la luz construye espesuras y distancias, dimensiones, y se abisma entre las siluetas que en ellos están inscritas; la imagen, lo figurado en ellas, son inscripciones cromáticas que la traslucidez del vidrio intensifica, magnifica y convierte en una suerte de presencias fantasmáticas, es decir, de figuras irreales, impalpables, volátiles, contornos y trazos suspendidos, esbozos sin lugar definido y sin cuerpo propio, siluetas reflexivas que reclaman de la mirada juego y persistencia. Estos bosques clausurados, inasibles, son un *entre* en el que dos instancias se compenetran y reconcilian: el vidrio traslucido que mimetiza formaciones montañosas y la espesura imaginal de un paisaje espectral que pareciera ser elaborado de luz. Así, *entre* artefacto e imagen, en estas instalaciones gráficas los atributos físicos y metafóricos del soporte, de los frascos de vidrio, se imponen como alegorías de ese mundo moderno para el que la naturaleza es laboratorio de investigación y producción ilimitada, ese mundo moderno del orden y la clasificación en el que la realidad se idealiza y se hace espectro del pensamiento.

En estas obras, elaboradas con la riqueza de matices y cadencias que la luz –*elemento absoluto* de la apertura del mundo- brinda al color y las formas, a las siluetas y figuras, a los objetos, se imponen por su sutileza, su fragilidad, aconteciendo como unos momentos plásticos –de constante transformación– en los que la levedad propia de las imágenes se concreta sin perder su esencial volatilidad. En efecto, Claudia Bueno elabora piezas fronterizas –*entre*- que tienen la potencia de recorrer diversos emplazamientos y problemas, que se tensan hacia la mirada y su regocijo, pero también hacia el pensar y sus reflexiones, y que le permiten hacer público y visible aquello que su propia existencia le ha donado como encuentro y descubrimiento del mundo.

Sandra Pinardi

Mayo 2012